

dose de esta feliz disposicion de los ánimos, á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y solo en nuestros dias es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que habia atravesado, el oro y pedrería eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que otros países estaban solo habitados por mujeres guerreras, cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al país regado por el Marañon el nombre de *país de las Amazonas*, y al mismo rio el de *rio de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que no se designa, fué tenida por el país del oro y se llamó *el Dorado*. Los primeros viajeros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido la Condamine, sábio francés que recorrió por entero el país de las Amazonas, y despues de él madama Godin, á la que determinó á emprender su viaje el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entre tanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañon, donde esperaba encontrar á Orellana con los cincuenta hombres que mandaba y una provision de víveres; ¡pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barca ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algun accidente le habria obli-

gado á descender todavía mas abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del rio, hasta que encontró al español que Orellana habia hecho poner en tierra. La noticia de la traicion del pérfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplejidad. Casi desesperados por la traicion de Orellana, que se habia llevado hasta sus bagajes que iban en la barca, festenuados de hambre y de fatiga en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviesen á Quito, y Gonzalo no tuvo mas remedio que consentir, dando la vuelta hácia el Perú.

Habia cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habian resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufrirían tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habian traído; pero esta esperanza fué tambien cruelmente burlada. El país en que se internaron era todavía mas estéril que el que antes habian atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos, mascarón hojas de árboles, comieron algunos insectos, y hasta royeron las correas de las sillas y los cinturones. Sus vestidos se caian á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españoles y casi todos los peruanos habian pereci-

do cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo jefe hubieran sucumbido, si no hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro, experimentaron tan grande alegría, que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su jefe que por algunos dias redujo el alimento de cada soldado á una muy corta racion, el ansia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no habia bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados mas débiles, continuando su camino desnudos y á pié hasta llegar á Quito. Allí sus mas íntimos amigos apenas los conocian tan profundas eran las huellas que los padecimientos habian dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo, habia ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado sin duda que Almagro dejó un hijo á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruido, llamado Juan de Rada, el jóven se manifestaba ya por sus bellas cualidades digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se habia distinguido su padre, á quien se parecia mucho en la intrepidez y firmeza de su carácter. Pizarro, que le temia, le tuvo preso

por algun tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condicion de que no habia de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del jóven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daria tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiracion para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del gobernador era muy favorable á la ejecucion de sus designios y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habian llamado la atencion de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores. "No tengais cuidado por mi vida, respondió el gobernador; el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás, garantiza la seguridad de la mia." Los conjurados queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comision. Pidió éste permiso para hablar al gobernador y le encontró paseándose en su jardin y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía y aun le ofreció uno de los limones que tenia en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogian en Lima.

Rada aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro cuando le preguntó el motivo de ella, que

había oído hablar de un siniestro proyecto atribuido al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro, de Lima, donde su presencia parecia que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro sucumbió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinacion del gobernador, y dicen únicamente que aseguró á Rada que ya dispondria le diesen cuanto le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecucion del proyecto para el próximo domingo 26 de junio de 1541.

El viernes uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podian ser alterados por ningun aviso, respondió que no podia creer existiese una conspiracion contra sus días, y que la visita reciente de Rada y sus since-

ras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algun favor, queria valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Despues de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al dia siguiente se levantó con menos confianza, y creyó que debia tomar algunas precauciones. Hacia ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temia que cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideracion le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que habia recibido decia que el domingo habia de estallar la conspiracion, no quiso en este dia salir de su casa, y en lugar de ir, segun su costumbre, á la iglesia para oír misa, hizo la dijese en su aposento. Al mediodía fueron llegando sus principales oficiales á quienes habia convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque, en aquellos países donde reinan grandes calores, el centro del dia suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conju-

rados armados de piés á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: "¡Viva el rey! ¡muera el tirano!" A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al palacio del gobernador. Acababa éste de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar.

Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaucion de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: "¡El tirano ha muerto!" Así es que todos los amigos del gobernador, que acudiau á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturcido, y sin obedecer la órden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento; y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que había entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano (1), dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: "¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!" Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de piés á cabeza, tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legitimo solo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martin de Alcántara.—(Nota del traductor.)

tan cansado el brazo que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los piés de los conjurados.

Acto continuo salieron éstos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al jóven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonadas al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado, llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunia eminentes cualidades y talentos que infunden admiracion, á vicios y defectos que le hacian odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetracion para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecucion de sus designios, habia adivinado el

secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero tambien era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambicion y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. "Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitucion robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenia en su valor y en la fuerza de su brazo."

Privado de toda clase de instruccion, porque ni aun sabia firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atencion, la paciencia, la reflexion y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro*. Había en él el germen de un grande hombre; pero faltó la educacion para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su teson: su alma no era estraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambicion, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos

de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalársele para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota, donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces más, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su generosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían

temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. "Bien se conoce, contestó él, que no sabeis cuánto vale un buen criado." Palabras admirables, que nunca estaría de más repetir á la opulencia egoísta é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernán Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo al rededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro.

En tiempo de paz pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigía que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza, y las añadía á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circunstantes se sonriesen al verle ejecutar esta acción: "Si no tuviera manos, les dijo, recogería estos pedacitos con la boca." Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

Repetidas veces se ha preguntado, cuáles eran las ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ha contribuido, es preciso confesarlo, á los progresos de diversos conocimientos, como la navegación, la geografía, la astronomía, la medicina y la historia natural; pero la humanidad justamente indignada con los crímenes que manchan la historia de los conquistadores, ¿no tiene derecho á decir que estas ventajas han costado demasiado caras?

En cuanto á la España, se ha observado que su decadencia data precisamente de la época en que los tesoros de América parece que debieran enriquecerla (1) y haber asegurado su preponderancia so-

(1) Es indudable que la decadencia de nuestro país

bre las demás naciones. El oro de Méjico y del Perú no pudieron evitar el que Felipe II hiciese bancarrota. "A la España, según ha dicho exactamente Montesquieu, le ha sucedido lo que á aquel rey insensato, que pidió á los dioses se convirtiera en oro cuanto tocasen sus manos, y que después tuvo que acudir á ellos para pedirles pusiesen término á su miseria."

*data desde que se trajo á él con tanta abundancia el oro de las Américas. Estos raudales de oro no prueban en España, ni se empleaban en beneficio del país, sino que iban á desaguar al extranjero, de quien nos hacíamos tributarios. Los españoles abandonaban sus riquezas naturales y positivas por las facticias que proporcionaba el oro de América, sirviéndose de él, no para fomentar su industria, sino para comprar los productos de las otras naciones. España es tal vez el único país que puede subsistir con los productos de su fecundo suelo, y sin embargo, ha tenido que recurrir á otras naciones hasta para la adquisición de las cosas más frívolas. Esta es la causa por la que mientras empobrecimos nosotros, se enriquecieron los extranjeros con el oro que tantos peligros nos costaba adquirir; causa á la verdad más que suficiente para que no nos echasen en cara nuestra decadencia.—(Nota del traductor.)*

